

United Nations

**ECONOMIC
AND
SOCIAL COUNCIL**

139

Nations Unies UNRESTRICTED

**CONSEIL
ECONOMIQUE
ET SOCIAL**

E/CN.12/22,
10 Junio 1948
SPANISH
ORIGINAL: FRENCH

COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA

DECLARACION DEL DELEGADO DE FRANCIA

SEÑOR PIERRE DENIS

Señor Presidente:

Aunque he pasado varios años de mi juventud recorriendo el continente sudamericano y he conocido, con pocas excepciones, casi todos vuestros países, cuando no se volaba sobre ellos en avión, sino que se tomaba contacto con la "puna", la "pampa", los "llanos" o el "sertão", a lomo de mula - creo que no me corresponde a mí emprender una nueva enumeración de las dificultades que los países sudamericanos encuentran en su desarrollo económico y de los problemas que deben resolver. A todos aquellos que podrían sentirse desanimados por la gravedad de estos problemas, quiero indicarles solamente que, al regresar a la América del Sur después de largo tiempo, he quedado profundamente impresionado por el progreso alcanzado, por la amplitud de las transformaciones realizadas, por el crecimiento y embellecimiento de vuestras capitales, y, en suma, por todo lo que ha hecho vuestra última generación. Todo esto me impide sentir cualquiera suerte de pesimismo.

Sin embargo, estas dificultades son reales, y, dentro del cuadro que han trazado vuestros delegados, o en la esquemática imagen que esboza el informe del Comité ad-hoc, vuelvo a encontrar una serie de detalles familiares: el carácter demasiado simplista de la estructura económica de muchos de vuestros países; su dependencia excesiva de la exportación de algunos productos de vuestro suelo (mineros y agrícolas), su vulnerabilidad ante las crisis que, por razones enteramente ajenas a vosotros mismos, pueden afectar algunos de vuestros mercados exteriores.

/Pero, en lugar

Pero, en lugar de continuar con este análisis, me parece más útil y más de acuerdo con la división del trabajo que establece el programa de nuestra Comisión, que os diga cuál es - a mi juicio - la contribución que Europa puede prestar a la América Latina, y cómo, según mi criterio, podría mantenerse y estrecharse la solidaridad intercontinental, sin la cual marcharemos todos, separadamente, hacia la decadencia y hacia la miseria. Antes de 1914, es decir, antes de esta guerra de treinta años, interrumpida solamente por una tregua ficticia, guerra más larga que vuestras luchas por la independencia, y que tantas ruinas acumuló sobre el mundo entero, Europa desempeñaba un doble papel frente a la América Latina (sin tomar en cuenta el aporte europeo realizado bajo la forma de inmigración).

Europa absorbía los productos sudamericanos; os enviaba sus capitales, contribuyendo a crear la maquinaria que os era necesaria para llevar a cabo vuestras exportaciones (vías férreas, puentes, maquinaria agrícola y minera). El excedente de vuestro balance comercial con los países europeos y la corriente misma de las inversiones europeas en Latinoamérica, comportaban transferencias de fondos a las que Europa podía hacer frente, porque en aquel entonces poseía grandes reservas de moneda convertible.

Esta situación se ha transformado en la actualidad y no cabe duda de que en tal transformación reside el origen de una parte de las dificultades que conocen Uds. en este momento. Nuestras reservas alcanzan apenas para las necesidades de nuestra propia reconstrucción, y ya no podremos, por lo menos durante algunos años, invertir nuevos capitales en vuestras empresas. Por otra parte, nuestras disponibilidades en el exterior están casi enteramente agotadas, y solamente gracias a las divisas que recibimos del Plan Marshall, podremos en los próximos años comprar a Sudamérica más de lo que podremos venderle.

¿Quiere esto decir entonces que ya no podréis contar nunca con Europa para el restablecimiento de vuestro equilibrio económico y el

desenvolvimiento de vuestros medios de producción? Con franqueza, creo que es todo lo contrario. Si los países europeos beneficiarios del Plan Marshall alcanzan los objetivos que se han fijado, podrán, en breve plazo, mantener por sus propios medios, sin ayuda exterior, el ritmo de sus compras en vuestros mercados. Más aún, el restablecimiento de su potencial de producción permitirá a los países europeos acrecentar sus exportaciones a Latinoamérica, y aumentar igualmente sus compras en vuestros países, sin dejar de suministraros parte de los productos y equipos que vosotros no podéis procuraros en la actualidad.

Quiero precisar aquí una cosa que yo sé estimáis esencial a juicio vuestro. El restablecimiento del intercambio comercial entre Europa y América Latina, no es ni debe ser una amenaza para los proyectos de desarrollo industrial que consideráis necesarios a la estabilidad de vuestras economías. Al revés, considero que vuestros proyectos de desarrollo industrial no amenazan de ningún modo los intereses de Francia y Europa. En la primera fase, el equipamiento industrial de Latinoamérica se traducirá para vosotros en voluminosas importaciones, de las que Europa estará muy pronto en condiciones de suministrar una gran parte. Mirando más allá de esta primera fase de desarrollo, hay que decir que la experiencia nos enseña que, entre países industriales dotados de medios de producción comparables, las transacciones, lejos de disminuir, se multiplican en virtud del mejoramiento continuo de las técnicas de trabajo, de la especialización de las industrias, del crecimiento del poder adquisitivo de los productores, que va creando nuevos mercados para los productos considerados antes como suntuarios, y que a la postre terminan por estar al alcance de todos,

Entramos ahora en un período de vastas experiencias, que tienen por escenario el mundo entero y que es preciso abordar con la humildad propia de observadores sinceros siempre dispuestos a reexaminar sus cálculos y sin teorías preconcebidas. Por mucho cuidado que pongamos en nuestros estudios y previsiones sobre las balanzas de pago de cada /país,

país, en el curso de los años próximos, el programa de conjunto que queramos esbozar, no se podrá llevar a cabo sin tropiezos y roces. A fin de reducirlos al mínimo, no debemos renunciar a esa manifiesta - ción de recíproca confianza y optimismo, que constituye el crédito. Las disponibilidades de exportación de capitales europeos, después de la reconstrucción, acaso resurjan más rápidamente de lo que podría pensarse. Por vuestra parte, habéis realizado ya ciertos experimentos iniciales para abrir créditos a Europa, a fin de facilitar la salida de algunos de vuestros productos. Todo lo que se haga para alentar el movimiento de ahorros a través de las fronteras, ya se trate de un movimiento espontáneo, o suscitado y orientado por organismos gubernamentales o internacionales, será contribuir a nuestra común prosperidad.

La solidaridad intercontinental, conforme acabo de definirla, no excluye en modo alguno la solidaridad entre países de una misma zona. Muy al contrario, la cooperación entre los continentes no podrá dar fruto a no ser que, dentro del cuadro regional o continental, los países vecinos admitan la necesidad de concertar sus esfuerzos, dirigiéndolos hacia el desarrollo de sus recursos y de su intercambio recíproco. Hasta ahora, os he hablado de Europa solamente y no de Francia. El restablecimiento de la producción europea después de la guerra, nos ha habituado poco a poco a reconocer que ya no podrá existir ningún esfuerzo de reconstrucción verdaderamente eficaz, si se mantiene dentro del marco demasiado estrecho de las antiguas fronteras. Y, paralelamente, si América Latina quiere utilizar plenamente los medios de pago que obtenga de su intercambio con los países europeos, es esencial que estos medios de pago no se esterilicen, en provecho de un país que temporalmente no tendría cómo utilizarlos. Con este fin, es necesario por una parte, que las monedas de los países europeos se puedan utilizar indistintamente para pagos entre terceros países, es decir, que se tornen moneda convertible, y, por otra parte, es preciso

/que el desarrollo

que el desarrollo del intercambio recíproco entre los países latinoamericanos, permita el reparto de los saldos de moneda europea acumulados por algunos de ellos.

El éxito de la labor de cooperación económica que ahora emprendemos, está garantizado por una solidaridad intelectual y moral, de la que todos tenemos conciencia, de un lado a otro del Atlántico, y que se ha de conservar como inapreciable tesoro. Nuestro Presidente inició su discurso inaugural aludiendo a Bolívar, cuya gloria es para todos vuestro patrimonio común. Es a través de un libro escrito por un francés, el Coronel Lacroix, compañero de aventuras de Bolívar, cómo puede un francés aprender a conocerle y a admirarle. Nada hay más emocionante que la lectura de ese diario de Bucaramanga, en el cual, al azar de las conversaciones, se destacan a la vez el patriotismo continental de Bolívar (¿por ventura no deseaba que el Istmo de Panamá fuese para América Latina lo que el Istmo de Corinto para Grecia?) y también su patriotismo humano, en cuya vena se reconoce el eco de la filosofía de la Europa del siglo dieciocho y de los fundadores de los derechos del hombre. Es esta tradición de unidad cultural la que nosotros debemos poner en salvo.

Permitidme agregar a estas consideraciones generales, unas palabras de índole práctica: para el éxito de nuestra empresa, es necesario tener a la vez una idea clara del objeto que se persigue y un buen método de trabajo.

Ahora bien, dentro de los diversos caminos que se abren a nuestra acción, las soluciones útiles no pueden descubrirse sino después de detalladas investigaciones y de un atento análisis de los hechos. Hé ahí una tarea para la cual una Asamblea como la nuestra no está preparada. A mi juicio, esta tarea debería confiarse a un grupo de peritos que pudiesen despejar el camino a nuestras decisiones futuras. A mi entender, nuestra responsabilidad esencial consiste en elegir bien esos peritos, darles instrucciones claras, establecer un orden de prioridad

/para sus investigaciones

para sus investigaciones, y, por último, infundirles espíritu de cooperación, tanto por las directivas que les fijemos, como por nuestro propio ejemplo.

Tales son, señor Presidente, las observaciones que yo deseaba presentar a la Comisión. Sin embargo, no puedo concluir sin exponeros el agrado que experimento al encontrarme de nuevo en vuestra patria, así como la gratitud de la delegación francesa por la hospitalidad que el Gobierno chileno ha dispensado a esta Comisión, en la creación de la cual sus representantes han tenido actuación tan destacada.